



EMPATÍA Y PANDEMIA: LA CULTURA NEOLIBERAL EN CRISIS Y EL ROL DE LAS ARTES

CONSTANZA RIFO AHUMADA

Periodista de la Universidad de Chile. Diplomada en Periodismo Digital por la Pontificia Universidad Católica y estudiante del Magíster en Gestión Cultural de la Universidad de Chile.



Nunca había escuchado la palabra “empatía” tanto como hoy en los noticieros. Frente a la crisis sanitaria por el COVID-19 en Chile, el gobierno apunta en la mayoría de sus discursos a la responsabilidad individual y a esa “empatía” que suponen que debemos tener todos y todas los/as ciudadanos/as, intrínsecamente, para prevenir la propagación del virus, manteniendo distancia social y quedándonos en nuestras casas, dejando mucho de la salud de la población al criterio personal. Pero ¿qué herramientas tenemos hoy para ser empáticos si el individualismo es el mandato principal del sistema que nos gobierna? ¿Cuáles son las herramientas con las que contamos en un país donde la educación jamás fomentó en nosotros las mal llamadas “habilidades blandas”, donde la cultura, un vehículo de emociones y trabajo colectivo, no es un derecho para todos?

Con esto, no quiero decir que no tengamos efectivamente esa responsabilidad individual de la que habla el gobierno. Pero también me pregunto ¿cómo puede ser posible para una sociedad que vive con el peso de 40 años de neoliberalismo encima, entender al otro o ponerse en su lugar, si es precisamente esa capacidad la que el sistema nos bloquea? Hoy, cuando necesitamos más que nunca confiar en los demás y cuidarnos entre todos, se nos hace visible lo difícil que es para los y las chilenos/as actuar desde ese lugar.

Nadie puede quedar ajeno a la profunda destrucción del tejido social que se ha implementado en nuestro país desde la dictadura. Pese a los importantes esfuerzos por construir desde lo colectivo, vivimos en un sistema que, a través de mecanismos formales como la Constitución, cristaliza esta cultura neoliberal que, en definitiva, no nos permite entender la importancia y el valor de la otredad, fomentando la competencia, el individualismo y las desigualdades. En medio de esta pandemia, la situación es crítica, pero si pensamos a largo plazo ¿qué se puede hacer para modificar esta realidad? ¿Qué ámbitos o saberes sociales nos permitirían ser más empáticos?

El arte, sin duda, tiene algo que aportar en este punto. Estos meses hemos visto con más nitidez que nunca cómo es necesario para todos y todas, no sólo en función de la distensión y el entretenimiento, que por cierto son esenciales en medio de esta crisis sanitaria, sino también para la reflexión en torno al contexto. El arte mismo se ha enfrentado a un nuevo escenario relegado a lo digital, del cual emergen nuevos formatos que tensionan la creación y las representaciones de esta nueva realidad. Teatro y diálogos post función por Facebook o Zoom, experiencias sonoras en línea, visitas a museos completos en 3D, películas y documentales liberados y tantas cosas más, han surgido con el pie forzado que nos trajo el coronavirus, pero también de la necesidad incesante de comunicar de los artistas, de visibilizar realidades, de problematizar las crisis.

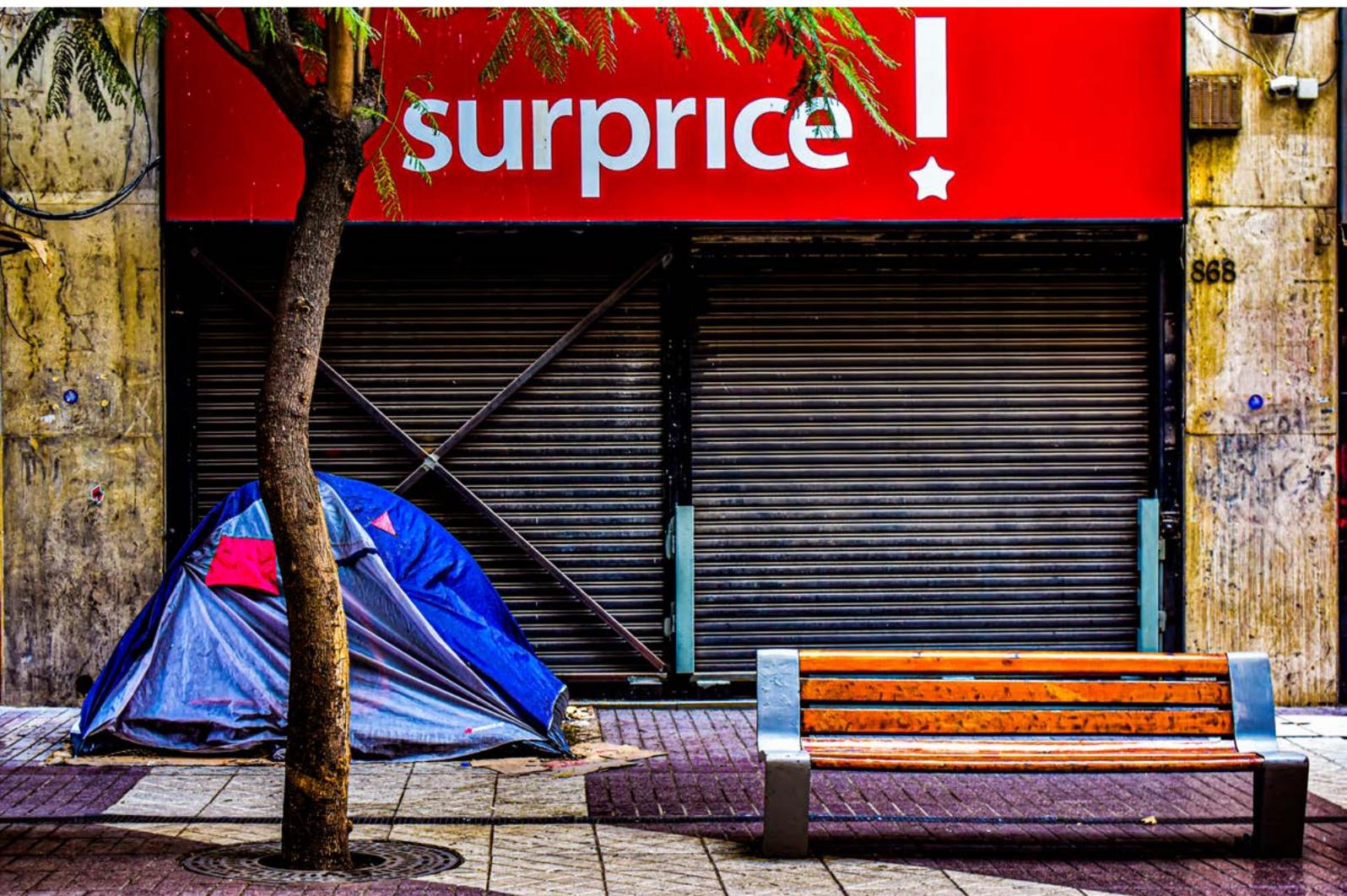
La gestión de las instituciones culturales y de los y las artistas en este difícil contexto, ha sido fundamental. No podemos olvidar que detrás de todos los contenidos culturales que se han liberado en Internet hay

equipos completos trabajando con la idea fuerza de que la cultura tiene que ser para todos y todas, tomándole el peso al momento histórico que vivimos y entregando respuestas que buscan conectarnos a pesar del distanciamiento social.

Hoy estamos todos relegados al confinamiento, pero la vida laboral, el apremio de los cuidados de otros, las necesidades de hijos e hijas en casa con colegio on line, y tantas cosas más, siguen su ritmo, el mundo no se detiene, pero una parte de nuestro mundo ya no está disponible. El estrés ha sido una de las primeras consecuencias de este encierro, y ahora, mucho peor, el hambre se asoma.

La gente protesta en sus comunas porque no tiene qué comer, ya no se puede ir a trabajar, a muchos los despidieron, pero hay que seguir pagando cuentas y “parando la olla”. ¿Cuál ha sido la respuesta del Estado? Una caja de alimentos insuficiente y represión. Menciono esto porque en este crudo momento es cuando volvemos a ver actos de empatía, de solidaridad. Frente a una respuesta insuficiente de las autoridades, vecinos y vecinas hacen ollas comunes y diferentes organizaciones sociales y colectivos se unen para acopiar alimentos y llevar a quienes más lo necesitan, una práctica contra-hegemónica que a lo largo de nuestra historia ha sido y seguirá siendo resistencia popular. Pero cuando se acaben las ollas comunes ¿qué va a pasar? Tenemos que pensar un nuevo modelo de sociedad. Las dos crisis que estamos viviendo exigen una transformación profunda, en la que debemos dejar la cultura neoliberal y volver a poner sobre la mesa “lo común” como horizonte político.

En las circunstancias actuales es cuando se puede ver de manera más evidentemente que las sociedades exitosas no sólo se conforman de una economía creciente, porque cuando nos enfrentamos a crisis como la que estamos viviendo, es necesario que la sociedad también esté educada, civil, cultural y emocionalmente; de lo contrario, sucede lo que vemos hoy: una profunda desconexión de unos con la realidad de otros, que hace gala de las abismantes desigualdades que en nuestro país coexisten, amparadas y propiciadas por el neoliberalismo imperante.



@Cagliostro Cinema

El rol de la gestión cultural en medio de la pandemia y la crisis del sistema que vivimos en Chile es importante y necesario. En tiempos de distanciamiento físico resulta muy interesante y oportuna la pregunta por lo social. La formación de comunidades y continuidad de ellas más allá de lo presencial abre un mundo de nuevos problemas y cuestionamientos atinentes a nuestro trabajo, desde las diferentes disciplinas que habita el gestor o la gestora, y desde las múltiples realidades que habitan los públicos. El desafío de este escenario pandémico y post pandémico, es esencialmente un desafío que tiene que ver con la reconstrucción de los tejidos sociales, con las formas de seguir conectándose con los otros, pero también de seguir conectándose con el arte, la cultura y el medioambiente, de cara a la incertidumbre y a la fragilidad de lo que antes dábamos por sentado.

Si bien la cultura no es la única salvación, me parece fundamental para mirar al otro y ponerse en su lugar, algo que ahora podemos entender que no es una simple romanización de lo colectivo, sino una necesidad transversal para avanzar en conjunto hacia una sociedad mejor, donde lo común se imponga a lo individual y no sólo en lo discursivo, sino que sea parte de la nueva Constitución y que se cuele en las leyes que tengan que ver con el trabajo, la salud, el arte y la educación. No podemos dejar en el olvido o restarle importancia a esas disciplinas que nos conectan con nuestro lado más humano, porque finalmente esa conexión con los otros nos salvará de cualquier crisis. ■